CAPITULO XIX.

UN AVISO.—ARBACE VISITA Á IONE: UNA PROMESA.—LOS DOS HERMANOS.

El gran saderdote de Isis, despues de haberse despedido de su discípulo Apoicide, se dirigia lentamente hácia su morada, entregado á reflexiones importantes.

Meditando iba en la doctrina y razones que debia exponer delante del hermano de Ione para atraer su voluntad, deslumbrar su razon y conquistar su espíritu, cuando vió llegar á Caleno con inquietud y afan.

—Os buscaba con impaciencia—dijo este último con fatigado aliento.

—¿Me tienes de comunicar alguna cosa importante?

—De gran interes para vos.

—¿De gran interes? y, ¿cuál es? habla.

Caleno miró hacia todas partes como temeroso de que alguien le escuchara.

—Estamos solos; nada receles—añadió Arbace al notar el cuidado de Caleno.

—Sí; ya veo que estamos solos.

—¿Qué es lo que tienes que comunicarme?

—Voy á deciros.

—Empieza.

—Ione.....

—¿Qué?

—Ama á Glauco.

La sorpresa y la ira se marcaron en el severo semblante del egipcie.

—¿Qué dices?

—La verdad. Los rumores que circulan en la ciudad de algun tiempo á esta parte sobre

la promesa hecha á Glauco por la hermana de Apoicide, no deben pareceros ya desnudos de fundamento.

—Explícate.

—Un hombre de mi confianza, á quien, como sabeis, he confiado que vigile los pasos de Ione, me ha contado que los ha visto juntos.

—¿Donde?

—En el templo de Vénus.

—¿Solos?

—No: vuestra pupila iba acompañada de la hija de Diómedes.

—¿Luego fué casual el encuentro?

—Lo ignoro: pero lo que sí puedo asegurar es, que ademas de haber descubierto mi comisionado, que se aman, un empleado al servicio del edil Panza ha asegurado haber oido hablar á su amo del casamiento de Ione, como de una cosa arreglada.

Las facciones de Arbace se contrajeron.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Ione no puede prometer su mano á nadie sin haber consultado antes con aquel á quien su padre dejó encargado de su tutela.

—Se dice que Apoicide verá con verdadera satisfaccion enlazada á su hermana con la noble familia de los Glaucos.

—Eso no basta: la aprobacion de un niño no pesa nada en la balanza de asunto tan delicado y serio.

—Teneis razon.

—Yo he quedado haciendo las veces de padre, y todo será inútil sin mi consentimiento.

—Y ese consentimiento.....

—Nunca la otorgaré. Glauco es un libertino disipado, indigno de poseer el tesoro de virtud que le avasalla. Ione, lo juro, no será nunca suya.

—Sin embargo, si su hermano Apoicide alimenta en su pecho la esperanza, y tratase, de acuerdo con Glauco, de realizar esa union.....

—Sus esfuerzos serán vanos. Yo sabré descubrir todos los planes que hayan formado y formen sin mi consentimiento, y los desbarataré fácilmente. Apoicide me pertenecerá esta noche y le haré ver lo inconveniente de esa union. Mañana le tocará el turno á su hermana, y conquistaré su alma.

Y el egipcio tendió la mano á Caleno para despedirse de él.

—¿Os vais?

—Sí; me retiraba hácia mi casa, pero ahora me dirijo á la de Ione para averiguar la verdad.

—No me descubrais con ella.

—Pierde cuidado: ya sabes que estos asuntos los manejo con delicadeza y tino.

—Ciertamente.

—Tú sigue informándote de los pasos que dé mi pupila, que yo recompensaré liberalmente tus servicios.

—Serviros bien es mi mayor anhelo.

—Bien: los dioses te guarden.

—Ellos os favorezcan en vuestra empresa.

Arbace y Caleno se separaron en seguida, y el primero se dirijió á pasos precipitados á casa de Ione.

El egipcio marchaba inquieto.

Su corazon, abrigando el temor de que le robasen el cariño de Ione, latia violentamente.

Al llegar al *prothyrum* de la casa hizo un esfuerzo para recobrar la serenidad habitual.

Arbace pasó el *atrium* y marchó hácia la pieza en que sabia que generalmente se hallaba su pupila.

Los esclavos que se hallaban al paso, se inclinaban con respeto.

Al llegar al peristilo, el gran sacerdote de Isis volvió á estremecerse.

Su corazon latia de esperanza y de temor.

De repente llegó á sus oidos una voz dulce y armoniosa que daba al viento la sentida melodia de una preciosa cancion.

Aquella voz conmovió gratamente el alma de Arbace.

Era la voz metálica, limpia, sonora de la hermosa Ione.

Las armonias de la lira con que se acompañaba, llegaban suaves y melancólicas.

Arbace se detuvo un instante para escuchar.

La cancion era nueva, y la letra se percibia claramente sin perderse una sílaba.

El egipcio quiso oirla, y aplicó el oido.

La estrofa que en aquel instante se escuchaba, y que el gran sacerdote de Isis recojia sin perder una palabra, dejó entender estos conceptos:

Blanca luna que en el cielo
Brillas pura y esplendente,
Lleva al ser que lloro ausente
Un recuerdo de mi amor:
Y al sentir tu blando rayo
Resbalar en su faz pura,
Sienta el beso de ternura
Que la envío en mi dolor.

La voz calló, y un delicado acompañamiento siguió á elta, como preparando el principio de otra estrofa.

Arbace esperó.

Con efecto, pasados algunos compases, la voz de Ione volvió á dejarse oir pronunciando esta estrofa:

Díla tú que ella es el ángel
Del placer con quien deliro;
Que me envie en tí un suspiro
En que beba yo su amor:
Un suspiro con que tierna
El que yo la envio pague;
Un suspiro que me embriague
Y que calme mi dolor.

La voz calló, y poco despues cesaban de sonar las armoniosas cuerdas de la lira.

Arbace creyó descubrir en aquella letra un sentimiento amoroso expresado por Glauco á su amada.

Si así era, Ione al cantarla, admitia con placer aquellas dulces expresiones de amor.

El egipcio se propuso averiguar la verdad, y procurando dar á su fisonomia la tranquilidad que no sentia en su alma, se acercó á su pupila con tanto cuidado, que no fué sentido ni por ella, ni aun por las esclavas que, vueltas hácia su señora y seducidas por el sentimiento con que cantaba, la escuchaban en delicioso éxtasis.

—Muy bien: esa cancion es divina; y la habeis dicho con toda la expresion de una alma que siente lo que dice, bella Ione—dijo Arbace.

Ione se estremeció al ver detras de su asiento el rostro hipócrita y burlesco del egipcio.

—Llegais bien inesperadamente—respondió la jóven, despues de haberse repuesto un poco, y procurando sonreirse.

—Así lo hacen los que están persuadidos de que serán bien recibidos y no quieren perder una sola nota de las cantadas por una notabilidad—respondió Arbace, sentándose junto á su pupila.

—Estoy muy lejos de ser siquiera una medianía.

—No es vuestra modestia la mas á propósito para juzgar ni de vuestro mérito ni de vuestras virtudes.

—Gracias.

—Solamente he notado en esa cancion una palabra que no está muy de acuerdo con las creencias religiosas que os he inculcado.

—¿Y qué palabra es esa?

—La palabra ángel, que deja percibir un gusto cristiano que de ninguna manera quisiera que adoptaseis. No está bien que en los labios de la hermana de un nuevo sacerdote de Isis se formule un nombre que se escucha pronunciar por los nazarenos.

—Como la voz es eufónica y poética, el autor, aunque no es cristiano, la ha adoptado para dar, sin duda, mas expresion á la estrofa.

—¿Luego conoceis al autor?

—Y vos tambien.

—¿Yo?

—Sin duda.

—¿Quién es?

—Glauco.

—¡Ah!..... ya—exclamó Arbace procurando disimular su disgusto y dejando asomar á sus labios una sonrisa forzada.—No me extraña, siendo así, que se encuentre esa palabra en la cancion. Glauco no tiene ninguna creencia, y mira con demasiado afecto á los esclavos cristianos.

—Creo que le juzgais con severidad: yo he oido decir lo contrario; que es altamente religioso, á la vez que tolerante con los que profesan las creencias cristianas.

—Veo que le defendeis con calor.

—Repito lo que me han asegurado, y nada mas.

—Bien.

—¿Y á que debo la dicha de veros por mi casa en estos momentos?

—¿No lo adivinais?

—Ni siquiera lo imagino.

—Pues vengo á felicitaros por la feliz eleccion que habeis hecho.

—¿De que eleccion me hablais?

—¿Y me lo preguntais?

—Ciertamente que sí.

—Yo creí que lo comprenderíais inmediatamente.

—Pues os habeis equivocado; y si no os dignais decírmelo, no comprendo lo que quereis indicarme.

—Y sin embargo, no se habla de otra cosa en la ciudad.

—Será así; pero yo ignoro cual es el asunto á que aludís.

—Pues el asunto de que se ocupa la gente en Pompeya, y que os atañe, es de vuestro próximo casamiento.

—Es una prueba de la ociosidad en que viven, el que se ocupen de mi insignificante persona, y mucho me asombro de que deis crédito á esos rumores frívolos, cuando mi posicion, confiada á vos, me impone el deber de comunicaros, antes que á ningun otro, un asunto de esa naturaleza que pudiera yo formar.

—¿Y vuestro corazon no os acusa de haber faltado á eso que vos misma llamais un deber?

—De ninguna manera, cuando hoy mismo queria hablaros de lo que ha dado lugar á esos rumores que personas mal informadas han esparcido en Pompeya, y yo os esperaba, lo mismo que á mi hermano Apoicide, que ignoro por qué no habrá venido aun.

—Sus ocupaciones probablemente no le permiten venir á veros hoy.

—Pues bien; entonces será á vos solo á quien hable de este asunto.

—Podeis empezar.

—Hace algunos meses que un jóven compatriota, Glauco, cuyo mérito conoceis, así como su nacimiento y fortuna, solicita mi mano. Yo he rehusado hasta aquí darle una respuesta definitiva, á fin de asegurarme de la sinceridad del amor que dice consagrarme. Obligado á ausentarse por algun tiempo de Pompeya, ha vuelto con el mismo deseo que manifestó al principio, á pesar de que no le han faltado en Roma y Nápoles, lo mismo que en su patria, partidos ventajosos, segun yo juzgo. Ya veis que os hablo con toda sinceridad, y espero que no os parecerá mal el que haya esperado hasta este dia para daros á conocer un proyecto que ha merecido ya la aprobacion de Apoicide, como estoy persuadida que alcanzará la vuestra. Glauco debe venir á verme muy pronto, impaciente de saber mi respuesta, y ya hubiera venido á verme tal vez, á no haberle suplicado yo que espere hasta mañana.

Arbace tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir la penosa emocion que le agitaba, y respondió con ese acento meloso bajo del cual sabia ocultar el artificio y la ferocidad de su carácter.

—No creais, Ione, que yo quiero contrariar vuestros gustos ni encadenar vuestra libertad; pero os suplico que reflexioneis al menos en los peligros que corre vuestra reputacion. No vayais á exponeros al desprecio del público.

—¿Qué quereis decirme con eso, Arbace?—respondió Ione con voz trémula.—¡Oh! hablad, os lo ruego. Sé que sois mi amigo y que no anhelais mas que mi ventura.

—¡Vuestro amigo!..... ¡Oh, sí; vuestro amigo el mas sincero! Permitidme, por lo mismo, que os hable como amigo, sin reserva y sin ofenderos.

—Os escucho.

—¿Cómo habeis conocido á ese jóven aturdido llamado Glauco?

Al decir estas palabras, Arbace fijó sobre Ione una mirada escudriñadora y penetrante. Sobrecojida de espanto, la jóven griega contestó con temor:

—Mi hermano me lo presentó como á un compatriota.

—Sin embargo, Apoicide nada me ha dicho de esto.

—Querria sin duda esperar, como yo, la vuelta de Glauco, á fin de asegurarse de su resolucion; y una vez sabida esta, informaros de todo, no dudando jamas que alcanzaria vuestro consentimiento, y de que esta noticia os llenaria de placer y de alegría.

—Precisamente en eso es en lo que os habeis engañado.

—¡Cómo!

—Vuestro hermano debia conocer, sin embargo, sus costumbres, y saber quiénes son los amigos de aquel que vos quereis honrar con vuestra union. Las orgías y los dados, hé ahí las solas ocupaciones de ese Glauco, que no está unido sino á los hombres mas corrompidos....

—Mi hermano tiene de su amigo un concepto elevado—dijo Ione interrumpiendo al egipcio, justamente indignada de la acusacion arrojada contra un hombre á quien no solamente su hermano, sino todas las personas distinguidas de Pompeya, se complacian en elogiar su conducta.

—Vuestro hermano—replicó Arbace—ha sido engañado, lo mismo que vos, por los artificios de Glauco, que no ha visto en él mas que un instrumento para alcanzar sus fines.

—¡Oh!..... eso es imposible!.....

—Yo que lo sé, os lo aseguro.

Ione guardó silencio, y Arbace, despues de una breve pausa, volvió á tomar la palabra.

—Conozco muy bien que lo que acabo de deciros os ha disgustado en extremo; pero me habeis dado permiso para que os hablase con la franqueza de un verdadero amigo, y yo no solamente lo he hecho como tal, sino tambien como un tutor consagrado á vuestros intereses.

—¡Esto es terrible!

—Sin embargo, antes de manifestar á Glauco una repulsa, que la merece demasiado, quiero que vos misma tomeis informes de su conducta por vuestro lado, mientras por el mio nada descuidaré de lo que cumple á mi deber. Podeis, pues, suplicar á Glauco que retarde su visita un solo dia, y mañana en la noche ireis á mi casa, donde hablaremos con mas libertad. Pero deseo que vuestro hermano Apoicide ignore la entrevista que os pido.

—Os prometo que nada sabrá.

—Bien. Ahora enviad una de vuestras esclavas á la casa de Glauco, pidiéndole qus suspenda por dos dias sus visitas.

—Pero.....

—En ello se interesa vuestro bien: preciso es que antes de volverle á ver, conozcais al hombre con quien tratais de uniros.

Ione, no pudiendo oponerse á la voluntad de Arbace, envió con una esclava algunos renglones á Glauco, suplicándole que suspendiese por dos dias sus visitas.

Al ver salir á la esclava, el egipcio se levantó satisfecho.

—Gracias, hermosa Ione—dijo con dulce afabilidad.—Veo que poseeis un corazon digno y noble. Mañana en la noche os espero en mi casa.

—No faltaré.

—Los dioses os guarden.

—Ellos hagan que vuestros informes sean favorables á Glauco.

El gran sacerdote de Isis tradujo en aquellas palabras el amor de Ione al jóven griego, y se sintió herido de celos; pero disimuló su disgusto y salió enviando una hipócrita sonrisa á su pupila.

Ione, al verle desaparecer, dió libre rienda á su llanto, contenido hasta entonces dentro de su pecho.

Amaba, y amaba con delirio á Glauco.

Habia cifrado en su cariño, en su ternura, su porvenir, su felicidad, su gloria entera, y esta gloria, y esta felicidad y aquel porvenir, iban á desaparecer tal vez dentro de un instante.

Ella creia bueno, generoso, noble y leal á Glauco.

Arbace le acababa de pintar con los mas negros colores.

¿Qué retrato era el mas parecido al original?

Ione tenia un elevado concepto de la sinceridad de los cristianos, y habia oido de los labios de Nidia, los elogios mas lisonjeros respecto de las virtudes de Glauco.

Pero ¿no era Arbace tambien el hombre respetado por su dignidad, su experiencia y su saber?

Ione sostenia dentro de su corazon una lucha terrible entre el temor y la esperanza.

Pero la infeliz amaba, y el sentimiento del amor prensaba su corazon llevando á sus ojos en abundancia el llanto.

Entretanto, Apoicide, no encontrando la tranquilidad ni en Pompeya ni en los alrededores de la ciudad, se dirijió á casa de su hermana buscando distraccion y consuelo.

Al entrar encontró á Ione en el *viridarium* ó jardin, bañadas aun en llanto sus mejillas.

—¿Qué tienes, hermana mia?..... ¿Por qué miro tus ojos nublados por el llanto?..... ¿Estás mala?..... ¿Te agobia algun pesar?.....

—Sí, uno, y muy terrible.

—¿Cuál?

—El desencanto de mis ilusiones; la desaparicion de mi esperanza.

—¿Ha venido acaso Arbace?

—Sí.

—Me lo supuse.

—Pero en vez de causarle placer, como esperé, al hablarle de los proyectos de Glauco, no he encontrado en mi tutor sino una oposicion que me ha sorprendido tanto mas, cuanto menos fundada la creia.

—¿Y en qué apoya esa oposicion?

—Pretende que Glauco, lejos de poseer las virtudes que pudieran hacer mi felicidad, reune todos los vicios sin que su alma llegue á poseer ninguna de aquellas.

—Esa es una impostura.

—¿Es verdad que sí, hermano mio?.... ¿Es verdad que á mi tutor le han engañado?...—exclamó irradiando la luz de la esperanza y del consuelo en el bello semblante de Ione.—¿Es verdad que Glauco es digno del aprecio de la sociedad?

—Sí, hermana mia: Glauco es digno de tu amor. Si no lo fuera ¿crees tú que yo fuera su amigo?.....

—¡Oh!..... tú vuelves el consuelo á mi corazon!..... Tú le vuelves la esperanza que las palabras de Arbace le habian arrebatado!.....

—Comprendo: Arbace quiere que no te enlaces con el hombre que has elegido, como quiere que yo siga un culto hácia el cual no siento otra cosa que disgusto y repugnancia. Hoy mismo me ha ofrecido descorrer á mis ojos los misterios de Isis, y quizas mañana podria yo..... Pero no: un voto terrible tiene encadenadas mis palabras.

—¿Qué dices?

—¡Oh, hermana mia, querida hermana mia, qué desgraciado soy!..... Yo tengo necesidad de creer, de amar, y no he encontrado hasta ahora mas que engaños y tinieblas!

—¿Qué quieres decir?

—Olinto, ese sacerdote cristiano de quien te he hablado muchas veces, me ha comprometido tambien á que le acompañe á la reunion de los nazarenos: él tambien me ha prometido la paz del alma, la luz del espíritu que tanto ambiciono. ¿De quién me debo fiar? ¿A quién debo creer? A no ser por el compromiso que tenia con Arbace esta mañana, hubiera cedido á las instancias del nazareno. Su mirada es tan viva y penetrante como la de Arbace, su palabra igualmente persuasiva; pero en la mirada de Olinto se deja ver esa dulce tranquilidad del corazon que él ofrece á los que quieren seguirle, mientras que la mirada de Arbace brilla con un fuego siniestro y respira los movimientos de un hombre agitado por las pasiones. La voz del primero es dulce y llena de uncion: la del segundo tiene no sé qué de rudo y espantoso. Olinto os conmueve y agrada; Arbace os fascina y os fuerza, á pesar vuestro, á obedecerle..... Pero, en fin, sea lo que fuere, iré á casa del egipcio, y veré.

—Nunca he hablado á Olinto—dijo Ione;—pero he visto muchas veces á la jóven esclava ciega de Glauco, que es tambien cristiana, y no dudo de que esa mansedumbre, esa paciencia inalterable que ella me ha asegurado deber á sus principios religiosos, sea lo que le ha conquistado el afecto de su señor. Empiezo á sentir miedo hácia Arbace; sus ojos, sus facciones, revelan los sentimientos mas opuestos que debiera tener hácia su pupila. Te has apresurado demasiado á entrar en la carrera que él te ha propuesto, y temo que te arrepientas un dia de una resolucion de la que desgraciadamente no es ya tiempo de retroceder.

Apoicide no respondió: su corazon estaba agitado, y profundos suspiros se escapaban de su pecho.

—¡Oh!..... sí.....—exclamó poco despues cuando los sollozos permitieron el paso á las palabras.—Sus consejos, su influencia sobre mi corazon, me han llevado mas allá de los límites de la prudencia. Pero mis penas y mi intranquilidad me inquietan menos que tu suerte, hermana mia!..... ¡Ah!..... la facilidad con que yo he creido á ese hombre debe hacerte cauta y recelosa!

Y Apoicide, profundamente conmovido, abrazó á su hermana con la efusion mas ardiente del cariño fraternal.

Las lágrimas de ambos se mezclaron.

Un silencio sepulcral reinaba al rededor de ellos.

De repente Apoicide se desprendió de los brazos de su hermana, y exclamó con cariñoso acento:

—Te dejo, hermana mia; te dejo porque me es preciso cumplir con una promesa que he hecho: los dioses te consuelen: cree en las virtudes de Glauco, y espera tranquila.

Y Apoicide, colocando sus labios en la frente pura de Ione, se alejó precipitadamente.

—Sí; creed en ellas—exclamó una dulce voz en el mismo instante.

Ione volvió la vista hácia donde la voz se oia.

Una jóven de angelical semblante acababa de formular aquellas palabras.

La hermosa hermana de Apoicide, corrió hácia ella, pronunciando el nombre de Nidia.

La cieguecita estrechó su mano con efusion.

¿A qué iba?

CAPITULO XX.

INQUIETUD DE GLAUCO.—NOTICIAS DE NIDIA.—LA FLOR PREDILECTA.—ALEGRIA Y PESAR.—UNA SUPLICA.—RESIGNACION.

Glauco se paseaba inquieto y pensativo en el *tablinum* de su casa.

En sus manos acariciaba un papiro en que estaban trazados algunos renglones.

En el semblante del jóven ateniense se veian pintados el dolor y la tristeza.

De repente se detuvo en medio de la pieza, y fijando los ojos en las líneas trazadas sobre el papiro, leyó por la centésima vez estas palabras, que le comprimian el pecho:

«Ione á Glauco, salud.—Os pido que suspendais por dos dias vuestras visitas á esta casa. Razones de importancia, que espero respeteis, y que no puedo comunicaros, me obligan á dirijiros esta súplica. Los dioses os guarden.»

—¿Qué motivo puede existir para esta disposicion de Ione?..... ¿Qué razones de importancia serán estas que le obligan á pedirme que no la visite por dos dias?..... No acierto á explicarme la causa que le haya impelido á dictar esta singular medida..... ¡Oh!..... espero con impaciencia la llegada de Nidia para que me explique este misterio.

Glauco iba á sentarse, cuando se oyeron pasos de alguno que llegaba.

—Es Nidia—exclamó el amante de Ione aplicando el oido, y queriendo reconocer los pasos.

Con efecto, era así.

La cieguecita se presentó casi en el mismo instante en el *tablinum*.

—¿Qué noticias me traes, querida Nidia? ¿Has visto á Ione?..... ¿Cuál ha sido la causa que le ha obligado á dirijirme ese extraño escrito?—preguntó Glauco con ansiedad corriendo hácia la jóven esclava.